

Herido.

Daniel Osorio

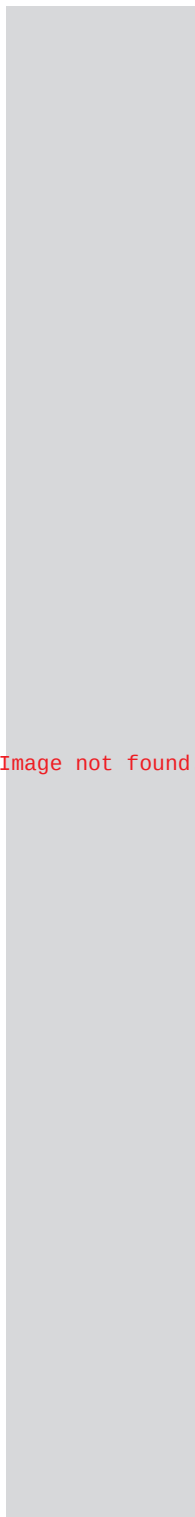


Image not found.

Capítulo 1

Tras un grito enorme de aquel gato, el perro que estaba echado, medio adormilado y canoso despertó de tacazo. Y con su movimiento, primero frenético, luego azorado, vinieron los ladridos, miles de ellos, atónitos.

-¡Maldito ruido!

¡Maldito tiempo! ¡Malditos todo!

Todo el mundo susurra y grita, todos hablan de lo malo; de tal cosa, de tal otra, de sus dificultosos estribados y somnolientos quehaceres, ¿por qué nadie habla de lo insoportable que son, del poder que no saben que tienen? ¡dios sabrá del tiempo y sus allegados!

¡Maldito perro! ¡Maldito perro! ¡Qué sonido! Lo sé ¿pero cómo se atreve a ser concreto para mí? ¿Que no nota que me aturde? Me duele, me arde, sucumbo ante su masa, y no, no voy a dejar que eso pase. ¡No dejare que pase malditasea! No me hundirá, ni me hundirá el mundo; idiota mundo; idiota sonido, los idiotas de afuera, largo de aquí, de mí, soy dueño de esto, de mi pobreza, de mi belleza, ¡Fuera! ¡Fuera! No los necesito, ¡No los necesito! Largo.

... Y si tal vez los necesitara un poco, solo de acuerdo mis necesidades, a mi tiempo, a mis cosas, porque no necesito de más, ¿por qué todos parecen tan felices? ¿Que no ven lo desquebrajado de todo, lo cortante de todo? Hay sangre por todo lado, miles de heridos, todos mueren, y ustedes solo respiran, andan y andan, ¡¿Que no ven?! Malditasea.

Afuera el perro guarda silencio. Todo parece en calma. Se oye la cotidianidad de las calles, de las personas, incluso del tiempo. Por la ventana entra líneas intensas de cálida luz, ellas tocan, irradian el suelo, y así, de igual forma, los ojos de aquel confundido cuerpo. A tal hora se ha levantado y sentado en el borde de la cama medita lo sucedido, irradiado no solo por el reflejo de luz, sino por el sonido de Bronce; perro de altísima calidad, de alta vida, de buen cariño.

-Digo, sino hubiera tiempo, sino existiesen...

Maldito, portador de acuñada debilidad, de tan sutil herramienta, después de todo; dicen todos, el inconsciente y bello estado animal. ¡¿Y qué hay de mí?! De mi estado, de mi tiempo, ¿desde cuándo la consciencia aquí es sutil y eficaz? Siendo devorado y contando los colmillos clavados.

Exhala arrepentido de haber maldecido al perro.

-Estar bien, estar cómodo, es algo imposible; dulce acolchado de clavos, olvidamos nuestros sentimientos y complacemos el cuerpo, y él se apodera de nosotros, o eso intenta, o eso intentamos. Pero ambos sabemos que no somos solo carne, y así, todo se descuadra; se rompe, se vuelve tortura y algo más.

Sabe que es bueno en muchas cosas y aunque digno de todas, no tiene nada que hacer y solo intenta relajarse.

*-¿Por que intentamos ser lo que no somos?
¿Por qué intento sentirme bien en esta cama?
Se bien que el bienestar está muy lejos de mí,
¿Por qué no puedo estar bien aquí?
Se bien que el bienestar no está allá afuera.*

Malditasea.

De repente la calidez de afuera desaparece, por la ventana la briza entra suave e inconsistente, evoca frío; lluvia. Dentro, en aquel cuarto, de acogedoras esquinas, de tiempo medio oscuro, todo parece ser contraparte rústica: pues las paredes aun emiten cálido calor y los dos cuadros en la pared aun reflejan cierta luz, como si fueran fuentes de vida. Siendo así las cosas, el reflejo de los cuadros recaía sobre tal estante de madera, grande y lleno de libros.

Los cuadros tenían en su interior dos diplomas de estudio, en el estante había unas cuantas condecoraciones académicas, un vaso de agua, folletos y una mini matera con una hierba densa. La hierba densa parecía despótica, inusual, como si quisiera resaltar por su hidratante forma, por su denso color, uno podría saber que era lo único que desencajaba del conjunto, y que a su vez parecía ofuscada, entre tanto y tanto, entre todo lo que había.

Se levanta y la mira, fijo, fuerte, mira como si allí se encontrara el nacimiento de lo incontable, como si allí naciera el sol o se aproximaran las estrellas.

- Maldita cosa verde, ¿cómo puedes? ¿Como haces? Si el tiempo fuera verde tu no serías diferente, pequeña cosa, pequeña nada; sin embargo osas estar aquí, vital, odiosa en tu mundo, en tu vida, pero eso es mierda, ¿que nos ha enseñado la vitalidad?

Por favor, si yo fuera odioso no sería mucho,

¿cómo podría vivir y ser? Porque bien, mírate, claramente vives, pero no eres, ¿o sí?, ¡Háblame! ¡Vamos! ¡Háblame! ¿Cómo puedes decirte viva? Claramente ser es parte de vivir, si tan solo hablaras serías algo, si hablaras... Si hablaras ya no serías tan vital, serías igual que cualquiera, cualquier cosa que somos, porque compartirías nuestra miseria, sin

embargo estas allí, tan vital, tan nada.

Y Se nubla...

A continuación todo se pone opaco, de la puerta proviene un sonido significativo, tocan, luego abren: una mujer semialta y esbelta entra y sin miedo, y sin tiempo, abraza tan estremecido cuerpo, lo besa y acaricia al mismo tiempo que lo aturde, finalmente lo doma, lo tira; sustrae de él aliento, aroma, movimiento, placer. En medio de todo y de carne,

ella mira fijo también. Bien sabe lo que ve.

La ventana se vuelve portadora de aquella emisión, aquel alarido, sonido de tanto, que antes entraba, y ahora sale.

Del mismo modo lo cotidiano de afuera se desvanece, por omisión, no es que no esté allí; deja de ser notorio y definido, en contrariedad, lo definido y atónito se extiende en las gritas del cuarto, existe dentro.

Mientras, lo de afuera, cosa de suavidad, porque con facilidad se puede insultar, gritar y agredir. Lo de afuera toma vida y materialidad, ante tal herida, aunque cosa de suavidad, te expulsa y destierra, te olvida.

Y así, se levanta de nuevo ante la nada, ante nadie. Las cosas a su alrededor lo miran y lo juzgan, le exigen ser alguien, le rodean y juntas parecen muchas, frenéticas, únicas. Cada una de ellas sermonea, cada una de ellas calla, le gritan y lo detestan.

Son todas, lo odian, lo quieren miserable, el sonido entra por la ventana y se les une, ellas se elevan como divinidad, son fuertes, como demonio sagrado.

- Atrofiado, déjenme tranquilo, ¿qué hacer? ¡¿Que hacer?!